

te un pedazo de hierro, de forma parecida al diente del ofidio, para cauterizar la herida, despues de exprimir y chupar la sangre de la misma, y haber ligado debidamente la parte mordida. Otros se contentan con colocar sobre la herida una piedra llamada «piedra de serpientes,» de la que ya tendremos ocasion de hablar. Al propio tiempo suelen beber una infusion de cáñamo silvestre, ó tabaco, en espíritu de bezoar, que produce muy buenos resultados, segun dice el mismo Johnson.

Refiere Reyne que los cazadores de serpientes se sirven á menudo de una especie de pito para atraer á la de anteojos fuera de su escondrijo: «Un aojador, dice, se presentó un dia, en 1854, en mi búngalo, y me pidió permiso para bailar sus animales en mi presencia. Como ya habia domesticado repetidas veces estas habilidades, le contesté que estaba dispuesto á darle una rupia si queria acompañarme al campo para coger una serpiente de anteojos, cuya morada me era conocida. El hombre aceptó mi proposicion, y yo me cuidé de contar sus nayas y confiarlas á un guardian para que no las perdiera de vista hasta nuestro regreso, habiendo tambien registrado al titiritero á fin de convencerme de que no llevaba ninguna consigo. Llegados al sitio, empezó mi hombre á soplar con un pequeño instrumento parecido á un clarinete, y despues de un buen rato de discordantes sonidos, apareció en efecto, delante del montículo de térmitas la gran serpiente de anteojos, que yo sabia habitaba allí. Cuando vió al indio procuró escaparse, pero este la cogió en el acto por la cola, y haciéndola girar continuamente por encima de su cabeza, como suelen hacer los muchachos con las hondas, la llevó de este modo hasta mi búngalo; allí la hizo bailar, pero antes de haberla podido dominar por completo, recibió un mordisco en el muslo.»

Todo esto demuestra que no hay verdadera domesticidad en las serpientes que hacen bailar los titiriteros; véase ahora lo que dice Kaempfer respecto al modo que se emplea para quitarles las ganas de morder: «Un brama cultivaba, además de la enseñanza de los creyentes, la de las nayas, que vendia á buen precio despues de adiestradas. Tenia veintidos de ellas en otras tantas ollas de barro, provistas de sus correspondientes tapas, y bastante grandes para permitir cierto movimiento á las serpientes. Cuando la temperatura no era demasiado elevada, dejábalas salir una tras otra de su prision, y las ejercitaba mas ó menos tiempo, segun los progresos que habian hecho en el arte. Tan pronto como uno de los reptiles sacaba todo el cuerpo del cacharro y procuraba huir, el brama, golpeándole con una varita, le hacia volver la cabeza hácia él, y cuando enfurecido se disponia á morderle, le presentaba la olla, de la que se servia como de un escudo para parar los mordiscos. Pronto se convencia la naya de la impotencia de su cólera, y retrocedia. Este duelo entre hombre y serpiente duraba un cuarto de hora, y á veces treinta minutos, durante cuyo tiempo esta permanencia continuamente derecha, con el cuello dilatado y dispuesta á clavar sus temibles ganchos, siguiendo todos los movimientos de la olla; así se iba acostumbrando gradualmente á levantar el cuerpo, cada vez que le ponía el cacharro delante del hocico. Pasado algun tiempo, el domador le presentaba la mano en vez de la olla, pero el animal no se atrevia á precipitarse sobre aquella, temeroso de tropezar otra vez con el duro barro. El brama titiritero acompañaba siempre sus movimientos con un canto monótono, para engañar mas fácilmente al reptil. A pesar de toda su habilidad y cautela, tenia siempre miedo de ser mordido, y acostumbraba presentar primero un trapo á sus discípulos mas rebeldes, para que clavaran en él sus ganchos y descargaran el veneno.» No quiero decir cuánta verdad hay en este relato. Sin embargo, me parece que

no se funda en observaciones propias sino en noticias recibidas.

Puede suceder muy bien, segun se desprende del anterior relato, que las serpientes de toca sean mas susceptibles, que las demás venenosas, de cierto grado de domesticidad; con todo, parécenos muy dudoso que su cerebro pequeño y débil sea capaz de conservar durante largo tiempo las impresiones recibidas; en otros términos, no creemos que sea duradero en ellas el efecto del castigo, ú otros medios de que puedan valerse sus domadores para obligarlas á tal ó cual ejercicio. Por esto comprenderán nuestros lectores el poco crédito que nos han de merecer cuentos, como el que refiere el comandante Skinner en una carta dirigida á Tennent, «¿Ha oido V. hablar de serpientes de anteojos domesticadas, que entran y salen cuando les place, y viven en compañía de los demás habitantes de la casa? Un hombre bastante rico que vive en las cercanías de Negombo y suele guardar considerables cantidades de dinero en su casa, tiene una de esas serpientes, en lugar de perro, para vigilar sus tesoros. No es este un caso aislado; hace muy pocos dias que una persona de toda mi confianza me refirió otro parecido. Las serpientes recorren toda la casa, sirviendo de espantajo para los ladrones, pero sin intentar jamás morder á los legítimos habitantes de la misma.» Sin embargo, es muy probable que en el fondo de esta fábula haya un poco de verdad. Un hombre rico é ilustrado, que conoce la ignorancia y supersticion del vulgo, sobre todo en aquellos países, hace circular un cuento de esta especie, para precaverse de visitas desagradables; y si conviene, hasta guarda, pero bien encerradas, algunas serpientes de anteojos en su casa, las que casualmente se enseñan á los que la frecuentan, á fin de hacer mas verosímil la superchería: este es el pequeño asomo de verdad que puede haber en todo el cuento del comandante Skinner.

VENENO Y SUS ANTIDOTOS.—Russell, Johnson, Breton, Fayrer y otros han hecho numerosos experimentos que han demostrado de una manera indudable la malignidad del veneno de la serpiente de anteojos. Mordidas por este reptil, sucumben las palomas al cabo de tres ó cuatro minutos; las gallinas á los seis, y los perros á los veinte por regla general; no obstante, sucede á menudo que estos resisten una ó dos horas. Las personas que mueren de resultas de una herida de esta clase, suelen padecer durante largas horas los mas terribles males. Johnson dice que el veneno pierde gradualmente su accion mortífera, cuando se obliga á la misma serpiente á morder sucesivamente varios animales; y cree poder afirmar, como resultado de sus experimentos, que el veneno se vuelve mas activo cuanto mas tiempo permanece en las glándulas, y mas líquido es proporcionalmente á la elevacion de la temperatura; dependiendo de estas circunstancias la accion mas ó menos mortífera del virus inoculado. Breton pudo convencerse tambien del menor efecto de las mordeduras sucesivas: hizo que una serpiente de las llamadas de agua fuese mordida por una de anteojos; al cabo de hora y media ya no podia mover aquella la parte mordida, muriendo á las dos horas y cuarto. Un conejo mordido inmediatamente despues por el mismo ofidio, sucumbió á los once minutos, despues de parálisis, desfallecimiento y convulsiones. Al conejo siguió una paloma, que falleció á los veintisiete minutos; despues de esta, otra, que vivió una hora y once minutos, y luego una tercera que resistió tres horas y cuarenta y dos minutos; dos mas, en las que clavó sucesivamente sus ganchos la naya, no manifestaron sintoma alguno de envenenamiento, ni les produjo tampoco la herida efecto alguno fatal. La misma serpiente de anteojos mordió tambien á otras varias venenosas, pero sin que se presentara

ninguna señal de la inoculacion ponzoñosa. Russell hizo igual experimento en un cerdo, que murió una hora despues de recibir la mordedura. Varias gallinas y palomas, en cuya sangre se introdujo, por medio de punturas é incisiones, veneno extraído de las glándulas de la naya, sufrieron los mismos efectos de la inoculacion directa, muriendo tambien todas aquellas en las que la operacion fué llevada á cabo con toda escrupulosidad. Bellanger, médico y director del Jardin de Plantas de Pondichery, ha demostrado tambien en otra serie de experimentos, que dos granos de veneno de la serpiente de anteojos aplicado á la superficie del aparato auditivo de un perro, pueden causar su muerte produciendo efectos muy extraordinarios; que algunas diminutas gotas del mismo veneno que se dejen caer sobre la superficie del ojo, de la lengua, ocasionan igualmente trastornos muy graves.

Fayrer ha hecho tres años seguidos los experimentos mas minuciosos para averiguar cuáles son los efectos del veneno de las serpientes indias y sobre todo de la cobra. Empleáronse para estos experimentos con preferencia perros y gallinas, y además caballos, bueyes, cabras, cerdos, gatos, mustélidos, mungos, conejos, ratas, milanos, garzas reales, lagartos, serpientes venenosas y no venenosas, ranas, sapos, peces y caracoles, y todas las observaciones se apuntaron cuidadosamente, pero en un desórden tal, que es una verdadera confusion para el lector de la obra, y difícil formarse una idea sobre el asunto. De los informes resulta que el veneno de la cobra produce efecto en todos los animales con que se hicieron las pruebas; que este efecto es muy poderoso y casi siempre tambien muy rápido; que los antidotos de las mas diversas clases no producen resultados, ó cuando mas muy débil; y por último, que cuando los dientes tocan una arteria debe considerarse en todos los casos la herida mortal. Fayrer ha reconocido con toda seguridad que la opinion de que el veneno de serpiente solo produce sus efectos cuando se inocula desde luego en la sangre, es del todo errónea, pues no solo le absorben todas las mucosas sino tambien el estómago.

En las personas suelen manifestarse los efectos de la mordedura de la serpiente de distinto modo que en los animales; nótese generalmente una frialdad cadavérica en el cuerpo, mientras que en los perros, por ejemplo, obsérvase, por el contrario, un estado calenturiento. Como en la India, por desgracia, son muchas las víctimas humanas que anualmente causa la serpiente de anteojos, abundan las observaciones respecto al curso y fases de la enfermedad de los heridos; haremos pues mencion de algunos de estos casos que no tuvieron término fatal, por considerarlos mas instructivos que otros.

Duffin visitó una mujer diez minutos despues de haber sido mordida en la planta del pié. Habia perdido ya los sentidos del tacto y de la vista; no podia tampoco tragar líquido alguno, de modo que fué de todo punto imposible introducirle ningun medicamento. No sufría convulsiones, pero desde un principio se apoderó de ella una fuerte soñolencia que aumentaba por momentos. Se ensanchó la herida, aplicándole mercurio, y púdose conseguir, pasado un rato, hacer tragar algunas píldoras á la infeliz mujer; las primeras no produjeron efecto alguno, pero á la tercera siguieron algunas evacuaciones, notándose tambien cierta humedad en la piel. Diez y ocho horas despues de la mordedura recobró la enferma el tacto y la vista, al propio tiempo que ya podia engullir con bastante facilidad; durante los dos ó tres dias siguientes, continuóse provocando las evacuaciones, y al cabo de unos ocho dias fueron aumentando las fuerzas de la paciente, que gradualmente se restableció por completo.

Un indio, mordido en el tobillo, tenia ya un cuarto de hora despues las mandíbulas fuertemente cerradas, y parecia muer-

to; sin embargo, dió algunas señales de vida cuando le humedecieron con agua de lucio las cuatro grandes mordeduras que habia recibido. Abrióronle despues á viva fuerza las mandíbulas, y artificialmente pudieron introducirse en el estómago dos botellas de Madera caliente, continuando al mismo tiempo, sin interrupcion, el uso externo del agua de lucio. El paciente habia perdido de tal modo toda sensibilidad, que se le hubiese creído cadáver, á no ser por las cortas respiraciones que se observaban de cuando en cuando; en este estado permaneció cuarenta horas, empezando entonces á dar señales de volver en sí. Doce horas despues principió á hablar, y continuó todavia durante algunos dias débil y postrado. En este parece haber obrado milagros el espíritu de vino: tienen, pues, razon los médicos modernos que lo recomiendan para accidentados de esta naturaleza.

Los indios, especialmente los cazadores de serpientes y titiriteros, emplean otros muchos antidotos contra las mordeduras de las serpientes; pero hacen gran misterio de los mismos, de modo que aun hoy dia no se conocen á ciencia cierta ni su naturaleza, ni sus efectos. Uno de estos antidotos es la piedra llamada en Ceilan *pembu-kelú*, cuyo uso han aprendido probablemente los cingaleses de los aojadores que vienen de la costa de Coromandel. «Mas de un caso probado del buen éxito obtenido con esta piedra, dice Tennent, me ha sido referido por testigos presenciales. En marzo de 1854, vió uno de mis amigos que atravesaba á caballo una espesura en las inmediaciones de Bintene, á un tamil, que con otro compañero suyo se habia unido á la comitiva; penetró de repente en el bosque y al poco rato apareció con una serpiente de anteojos, la que sujetaba con ambas manos por la cabeza y la cola. Llamó á su camarada para que le ayudara á meterla en un pequeño cesto; pero procedió en esta operacion con tan poco cuidado, que el reptil le mordió en un dedo, y de tal modo que tuvo los dientes clavados en el mismo durante algunos instantes, como si le costase trabajo retirarlos. Salió bastante sangre de la herida que en el acto comenzó á doler fuertemente al tamil; su compañero abrió al punto su cinturón de cuero, y sacó de él «piedras de serpiente», del tamaño de almendras negruzcas y muy pulidas, que colocó una tras otra sobre la mordedura. Muy pronto quedaron pegadas, y absorbieron toda la sangre que manaba de la herida, permaneciendo fijas durante tres ó cuatro minutos, cuando se desprendieron por sí mismas, mientras el amigo del paciente le friccionaba y sobaba el brazo desde el hombro hasta el dedo. Cesaron los dolores del herido, moviendo este la mano, estirando los dedos, y continuó su camino como si nada hubiese sucedido. Mientras se verificaba la curacion, otro indio de la comitiva sacó de una especie de alforja un pequeño pedazo de palo, parecido á una raíz, y lo acercó con mucho tiento al hocico de la serpiente, que al punto bajó la cabeza y la pegó al suelo; el hombre cogió entonces la naya sin apariencia de recelo alguno y la enroscó con sus manos en el fondo del cesto. La raíz, de la que dijo que le garantia la mas completa seguridad contra la serpiente, la llamaba *naya-talic calango*, ó sea raíz de la planta de la serpiente.»

Otro caso, sucedido en 1853, fué comunicado á Tennent por Lavalliere, que lo presencié. Este último, juez del distrito de Kenty, dió con un aojador de serpientes en el bosque, cerca de la ciudad, que iba á caza de las de anteojos; siguióle y vió cómo se apoderaba de uno de dichos reptiles, pero recibiendo al propio tiempo una mordedura en el muslo, que le causó alguna hemorragia. Inmediatamente aplicó el indio á su herida la «piedra de la serpiente», que durante unos diez minutos permaneció adherida á aquella, absorbiendo la sangre mientras que el hombre pasaba y re-

pasaba por encima de la misma raíz que tenía en la mano. Cuando se desprendió la piedra, aseguró el aojador al europeo que ya había pasado todo el peligro, y se la regaló para que tuviese un recuerdo. Lavalliere vió al indio repetidas veces despues, gozando de la mas completa salud.

Tambien aquel otro indio de quien refiere Reyne que fué mordido de un modo análogo al anterior, se sirvió de la piedra *pembu-kelú*, pero ligando el miembro herido mas arriba de la mordedura. Durante algunos minutos pareció sufrir grandes dolores, pero fué mejorando gradualmente hasta que se desprendió la piedra. Luego que hubo recobrado algun tanto sus fuerzas, presentó á la serpiente un trapo, en el que esta mordió al punto; la cogió entonces, antes que se hubiese desprendido, por la nuca, y le arrancó los ganchos venenosos en presencia de Reyne. Este observó con la mayor atencion todos estos detalles, siendo tambien testigos oculares sus ayudantes y dos ó tres personas mas.

Las piedras y las raíces que sirvieron en los primeros casos que hemos referido, vinieron á parar mas tarde á manos de Tennent. Véase lo que dice este acerca de las mismas: «Las raíces no son de igual especie. Una de ellas parece ser un pedazo de rama de aristoloquia; la otra está tan seca, que es difícil su clasificacion; sin embargo, tiene alguna semejanza con la brionia. Tiempo há que varias especies de aristoloquia, particularmente la originaria de América (*aristolochia serpentaria*), tienen la fama de eficaz antídoto contra la mordedura de serpientes, y justamente la especie indiana de este género (*aristolochia indica*) es de la que, en opinion del vulgo, se sirve el mungo para curarse sus heridas.» Tennent añade que no cree en la eficacia de la raíz, sino que está convencido de que toda su virtud consiste en el valor y la confianza en su propia habilidad que inspira su posesion al cazador de serpientes.

En cuanto á la naturaleza y caracteres de la *pembu kelú*, ya Barrow y Hardy habian publicado bastantes pormenores, que han sido confirmados posteriormente por las investigaciones de Tennent. El viejo Kolbe habia dicho tambien muchos años antes, que los europeos que vivian en el Cabo de Buena Esperanza se servian de dicha piedra, procedente de la India, donde era preparada por los brahmanes, pero añadía: «Es una verdadera lástima que estos hagan tanto misterio de estas piedras, y que el secreto de su composicion no sea conocido de los cristianos, pues no hay duda que producen maravillosos efectos.» Sigue una descripcion de la manera de servirse de esta piedra, que es en un todo parecida á la que hemos extractado de autores mas modernos. Thunberg, que visitó el Cabo despues de Kolbe, hace mencion tambien de la «piedra de serpiente,» indica como carácter de su legitimidad, que cuando se la coloca dentro del agua, produce pequeñas burbujas de aire, y que introducida en la boca se adhiere al paladar. «Aplicada á la parte mordida por la serpiente, dice, se pega á la herida, absorbe el veneno y se desprende por sí misma, cuando está completamente impregnada.» Segun afirma Johnson, la preparacion de estas piedras es un secreto muy guardado por los bramines, á quienes produce su venta considerables beneficios. Sin embargo, hoy dia no existe ya tal secreto: nuestros químicos han analizado esta composicion, y reconocido que consiste en huesos quemados, cal y resina preparada de una manera especial, materia que gracias á las células ó pequeños huecos que presenta en su interior, absorbe todo liquido, y por lo tanto la sangre y el mismo veneno. El viajero Hardy, que tuvo ocasion de enterarse del modo de preparar la «piedra ponzoña,» que es la empleada en México contra la mordedura de las serpientes, explica como sigue su composicion: «Tómase un pedazo cualquiera de cuerno de ciervo,

y bien envuelto en yerba ó heno, se encierra en un pedazo de plancha de cobre; colócase despues en un fuego vivo, hasta que el cuerno quede bastante quemado, y puesto á enfriar mas tarde y separada la capa que envuelve el asta, se tiene ya la «piedra ponzoña» dispuesta para el uso. En este estado, forma una masa clara y porosa, de color negro, que conserva la forma y tamaño del primitivo pedazo de cuerno.» Lo mismo en el Cabo que en México tienen además los naturales la precaucion de ensanchar la herida por medio de una incision; tambien acostumbran á lavar con agua ó leche la piedra que ya ha servido, y que despues de seca vuelven á aplicar á la mordedura. No se puede dudar del efecto que produce la accion absorbente de esta piedra, pero que debe ser muy inferior al de una sencilla ventosa. Los casos que acabamos de referir tan solo demuestran que los enfermos salvados por la «piedra de serpiente» habian sido heridos muy levemente, siendo por lo tanto tambien escasa la cantidad de virus inoculado. Fayer es de la misma opinion.

De mayor importancia que todos estos cuentos de las «piedras de serpiente» nos parece ser la siguiente relacion acerca de la eficacia de la planta india que ya hemos indicado (*aristolochia indica*), comunicada por el funcionario del gobierno inglés Lowther.

«Condujeron á mi casa en unas angarillas á una jóven india que habia sido mordida por una serpiente. La encontré en un estado de tan completa insensibilidad, que no tuve reparo alguno en negarle mi ministerio, aprobando mi decision un oficial del ejército, que á la sazón se hallaba en mi casa, á fin de no desprestigiar mi antídoto á los ojos del pueblo. La mujer estaba fria como un mármol, y no habia la menor señal de la circulacion de la sangre; todo su aspecto era el de un cadáver.

»El esposo de la herida manifestaba la mas profunda afliccion, y me rogó y suplicó que á lo menos probase de darle una pequeña cantidad de mi medicamento. Le expliqué los motivos que tenia para no encargarme de la curacion de su esposa, sin ocultarle que estaba convencido de que la misma habia dado ya el último suspiro antes de llegar á mi casa. Sin embargo, compadeciéndome de su desesperacion, abrí á viva fuerza las mandíbulas de la víctima, y le introduje algunas gotas de mi específico, compuesto de tres hojas de aristoloquia molidas y diez granos de pimienta, desleido todo en una onza de agua. Mandé colocar despues la mujer en postura reclinada, y aguardé con alguna ansiedad, aunque sin esperanza de buen éxito. Al cabo de ocho ó diez minutos percibí una ligera pulsacion en el labio inferior; dispuse inmediatamente que el marido, ayudado por mi criado, probase á hacer andar á la paciente, á fin de acelerar la circulacion de la sangre. Sostenida por los dos la llevaban de una extremidad á otra de la habitacion, con los piés arrastrando por el suelo. Pasados algunos minutos observé que la enferma hacia una débil tentativa de mover un pié; trascurrieron algunos minutos mas, y un fuerte suspiro, acompañado de un grito singular, nos anunció que recobraba los sentidos. Gritó poco despues que le ardian las entrañas, y acercándome á ella reconocí que tanto el pecho como los brazos estaban todavia frios como los de un cadáver; administréle en el acto la decoccion de otra hoja de aristoloquia, cuya bebida pareció aliviarle los ardientes dolores del estómago. Indicóme entonces la parte donde habia sido herida, que mandé friccionar con la aristoloquia, y al poco rato ya podia andar. Despues de obligarla á pasearse un par de horas mas, la despedí asegurándole que la consideraba completamente curada.»

Lowther refiere todavia algunos casos parecidos y afirma

que en mas de veinte de los mismos empleó la aristoloquia con el mas completo éxito. Sin embargo, en varios experimentos hechos en perros, háse demostrado que esta planta no es un remedio que pueda aplicarse en todas las ocasiones, pues en dichos animales produce siempre terribles calenturas, que por lo general les son fatales. Lowther pretende que esta accion distinta de su antídoto debe atribuirse á la diversidad con que se producen tambien los efectos del veneno.

No es imposible que se llegue á confirmar la antigua fama de la aristoloquia, y que haya producido en ciertos casos felices resultados, pero segun las investigaciones hechas hasta ahora por los hombres de la ciencia, la esperanza que se pueda

fundar en aquellas hojas es muy vaga.—«Siento mucho declarar, dice Fayer, que en todos los casos en que hice uso de la aristoloquia no obtuve resultado alguno, y en general debo añadir que dudo de la existencia de un antídoto contra los efectos del terrible veneno de una cobra adulta, aunque me parece posible que los animales grandes mordidos por una serpiente de anteojos puedan salvarse por las medicinas.»

Si tenemos presentes los datos expuestos por Fayer sobre el inmenso número de víctimas humanas, si sabemos además que desde 1860 á 1868, es decir, en 9 años, solo en Bengala, cuya poblacion apenas llega á seis millones de habitantes, se dió parte nada menos que de nueve mil doscientas

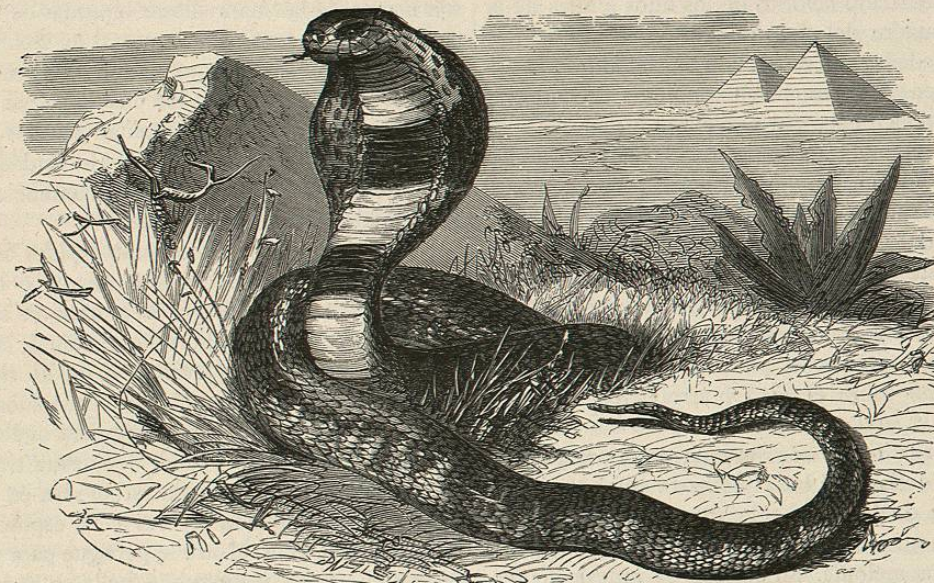


Fig. 76.—EL ÁSPID DE EGIPTO Ó NAYA HAYA

treinta y dos muertes causadas por serpientes venenosas; y considerando además que segun Russeberg fallecieron en Ceilan, en el año 1834, veinte personas mordidas por serpientes venenosas, y que desde el año 1851 hasta el de 1855 sucumbieron por las mismas causas sesenta y ocho individuos, segun afirma Tennent, decimos, que teniendo presentes estos datos, debemos creer que es muy reducido el número de los enemigos de estos temibles reptiles, á pesar de los muchos casos que refieren los indios de algunos mamíferos, como el mungo, y de aves de rapiña que acometen esta raza de animales venenosos. Creemos deber añadir aquí, que se ha notado un aumento en la propagacion de las serpientes en aquellos puntos donde el furor de los cazadores ha disminuido en gran manera, si no exterminado por completo, los pavos-reales y las gallinas salvajes; lo que demostraría por otra parte que estas aves prestan igual servicio con las serpientes de anteojos, que nuestras aves de corral con la vibora comun. Dicese tambien que los ciervos de Ceilan destruyen muchas serpientes, saltando de improviso con las cuatro patas encima de ellas y pisoteándolas despues hasta matarlas.

El espantoso número de desgracias ha obligado últimamente á las autoridades inglesas á tomar medidas mas serias para el exterminio de las serpientes venenosas, y sobre todo de la de anteojos. Por fortuna no todos los indios piensan como ya hemos dicho; muchos individuos de las castas inferiores se ocupan, por el contrario, casi exclusivamente en la caza de serpientes venenosas, los unos para enseñarlas públicamente, y los otros para obtener los escasos premios

ofrecidos por las autoridades. En 1858, el gobierno ofreció una recompensa de unos sesenta céntimos de peseta por cada serpiente venenosa muerta y presentada á la autoridad, resultando de aquí que en un solo distrito se gastaron nada menos que 1,961 rupias, ó sean mas de 3,922 pesetas. Rebajado el premio á treinta céntimos de peseta, el número de las serpientes presentadas disminuyó tambien de pronto; de manera que en 1859 solo se entregaron en el mismo distrito 124 rupias; en 1860, la suma bajó á 27, y en 1861 no se hubo de dar mas que una rupia, pues nadie queria exponer su vida por la pequeña cantidad de treinta céntimos. En 1862 el gobierno volvió á subir el premio á sesenta céntimos, y la gente comenzó al punto á cazar serpientes; de tal manera que el primer dia se entregaron 47 serpientes venenosas, el segundo 70 y mas tarde 118 diariamente. En 22 de octubre el empleado correspondiente anunció que desde el 29 de mayo hasta el 14 de octubre de 1862 se habian muerto nada menos que 18,423 serpientes, ó sean 110 diariamente, pidiendo una nueva cantidad de 10,000 rupias para poder pagar en adelante los premios; al mismo tiempo, sin embargo, proponia rebajar otra vez la recompensa á treinta céntimos. Desde el 15 de octubre hasta el 7 de diciembre, el número de serpientes presentadas subió de tal modo que muy pronto llegó á 26,029, cifra que daba para cada dia 463 individuos. Cuando el virey se extrañó de que precisamente en la estacion fria se cogieran tantas serpientes, se le explicó esta circunstancia sencillamente por el aumento de cazadores y por la experiencia adquirida poco á poco. Sin embargo, pareció posible que entre las serpientes venenosas se